

**Año: XXIII, Febrero 1982 No. 503**

## **UN VERDADERO TIMO**

Robert G. Anderson

«El consumo es el único fin y objeto de la producción». Esta frase de Adam Smith, tomada de su libro «Riqueza de las naciones», lo resume todo.

Sin embargo, esta verdad básica ha sido casi olvidada en el mundo de hoy. La atención pública a través de la prensa y de los discursos de los políticos se ha concentrado en la necesidad de crear empleos. La suerte de los sin empleo y su inhabilidad de obtenerlos se ha convertido en la preocupación abrumadora de nuestra sociedad.

Esta concentración de la opinión pública en la necesidad de crear empleos ha tendido a opacar y oscurecer la finalidad primordial del empleo. La ocupación plena se ha convertido en una finalidad y se presume que la sociedad ha alcanzado su objetivo máximo si todos sus miembros están empleados. La idea prevaleciente es que el objeto de la producción es el de crear ocupaciones, pero en realidad, la razón de la producción es la de disfrutar de los productos.

El que el trabajo pueda ser útil para fortalecer el carácter y que es valioso para dicho fin, no niega la necesidad económica de que sea productivo. En una sociedad libre, como dice Adam Smith, producimos para poder consumir. La creación de empleos que generen una mayor producción tiene su origen en el deseo de un consumo mayor.

La aspiración a la ocupación plena como finalidad política está en completo desacuerdo con el ideal de una sociedad de individuos libres. La meta política de crear empleos no sólo involucra el uso de la fuerza, sino que seguramente acarreará un desperdicio de los escasos recursos a través de su mala distribución dentro del mercado de trabajo.

En una sociedad libre, el deseo de consumir más genera trabajo productivo. Pero la creación de empleos a través de medidas políticas perjudicará este esfuerzo, al sustraer estos escasos recursos del mercado y llevarlos al sector público.

En una sociedad de mercado sin estorbos, todas las personas que busquen empleos remunerativos pueden hallarlos. Siempre que haya una competencia irrestricta entre los empleadores y una tasa de ajuste de salarios libre, habrá empleos para todos los que los deseen. Cada individuo, guiado por su propio interés personal, esforzaría al máximo su trabajo productivo en un esfuerzo por alcanzar su meta de un consumo mayor. Los empleos así creados son la forma básica por la cual los individuos, actuando voluntaria y pacíficamente, pueden alcanzar un nivel más alto de consumo.

Pero es trágico que nuestra sociedad hoy día no goce de los beneficios de una libertad de tal naturaleza en el sector económico. La intervención gubernamental durante muchísimos años ha generado una distorsión masiva y un desempleo permanente dentro de grandes sectores del mercado laboral. Los carteles sindicales, protegidos por leyes diversas, logran excluir efectivamente a la competencia; leyes de salario mínimo excluyen a los trabajadores

de baja productividad; la legislación de bienestar social alienta a la gente a no trabajar; y la inflación que genera el gobierno en su afán de alcanzar la «ocupación plena» crea recesiones económicas inevitables. Todas estas fuerzas y muchas otras parecidas han hecho surgir un grupo perenne de desocupados, o lo que es infinitamente peor, de inocuables.

En vez de examinar las causas políticas del desempleo y la resultante pérdida de consumo que el tal desempleo genera, toda la atención de los políticos se concentra en el desempleo mismo. Nuevamente tenemos aquí un caso del gobierno atacando los efectos negativos que surgen de sus actuaciones previas, en vez de suspender las intervenciones gubernamentales que fueron las causantes. Irónicamente, el remedio continúa girando alrededor del efecto en vez de atacar las causas del desempleo creado por la intervención gubernamental. En tal forma, en vez de resolverse el problema, se agrava.

La solución política parece tan simple: La forma de eliminar el desempleo, es que, «en última instancia, el empleador sea el propio gobierno». Después de todo, las sociedades socialistas no tienen problemas de desempleo. El sistema socialista asegura la ocupación plena. ¿Por qué no hacer uso de otra de las virtudes del régimen socialista para solucionar uno de nuestros mayores problemas económicos?

Pero eso es perder de vista el problema. Nuestra finalidad no es el empleo de por sí, sino lo que buscamos es mejorar el consumo. A menos que el trabajo genere una productividad mayor de aquellos bienes que los individuos desean consumir, resulta un esfuerzo estéril y es preferible evitarlo. El trabajo es un gran consumidor de energía (ocasiona desgaste) y el empleo resulta beneficioso únicamente si los resultados son mayores que las energías gastadas en producirlos.

La falta de comprensión de esta verdad económica ha dado lugar a la política del «lecho de plumas» («featherbedding», como le dicen en inglés), o sea, el de facilitar el trabajo, acortando las horas empleadas, suavizando las reglas disciplinarias, atacando la automatización y cosas parecidas. Existe la falsa idea de que la cantidad de trabajo disponible es fija y que se pueden crear más empleos si se divide el trabajo entre un número mayor de gentes. Esta falsa idea es la que ha dado lugar a la adopción de dichos programas.

En realidad, la cantidad de trabajo por hacer es ilimitada. Mientras los individuos tengan necesidades que satisfacer, la demanda por satisfacerlas siempre estará presente. El empleo de personal proviene de la lucha constante por satisfacer más y más de las necesidades humanas. La creación de nuevas fuentes de trabajo es la consecuencia natural de la insaciabilidad de las aspiraciones humanas de alcanzar, cada vez, un nivel más alto de bienestar personal y no existe otra forma en que dicho bienestar pueda ser alcanzado.

Esta mejora de bienestar depende de una productividad mayor. El objetivo de cada empleo ha de ser el de «crear más bienes en un período de tiempo menor». Esta es la única forma en que el hombre haya podido jamás mejorar sus circunstancias materiales. En una sociedad de mercado libre, es la combinación a través de la división social de trabajo, de trabajo con capital (mejores implementos), lo que ha ocasionado dicho resultado.

El trabajador, al emplear cada cantidad de capital mayor, genera una productividad cada vez más alta, con el resultado final de un nivel más alto de consumo para el trabajador.

El abandono de estas realidades económicas de vida, para adoptar una política de empleos creados artificialmente por el Estado, únicamente puede conducir a una merma de prosperidad. La creación de empleos exige la utilización de recursos económicos para su sostenimiento. En tanto que la productividad en el empleo exceda los recursos consumidos por el mismo, el crecimiento de la prosperidad queda asegurado. Un mercado que funciona libremente y que se guía por las señales de pérdidas y ganancias impartidas por el consumidor, podrá emplear los recursos de producción de la manera más efectiva. Sin la orientación del mercado, el resultado del esfuerzo consumido en un trabajo no puede ser apreciado.

El gobierno, como «empleador de última instancia» no tiene recursos de por sí para crear empleos. Una cosa que generalmente se pasa por alto es que los «fondos gubernamentales» son una ficción, una manera de hablar únicamente. Los gobiernos no crean los recursos que consumen, sino que únicamente redistribuyen los recursos de los demás. Antes de que los gobiernos puedan proveer a cualquiera de recursos, tiene que haberlos sustraído previamente de la propiedad privada y del control de sus dueños a través de los impuestos.

La noción de que en última instancia el gobierno puede ser el empleador, contradice dicha verdad, pues da por sentado que el gobierno de por sí dispone de recursos para poder crear empleos. Lo que en realidad ha de ocurrir, si el gobierno ha de jugar el papel de empleador, es que tendrá que haber un crecimiento aún mayor en el proceso redistributivo de nuestra sociedad. Más víctimas deberán ser despojadas de sus recursos para poder mantener un número siempre mayor de personas bajo la protección del gobierno.

Los recursos que tienen que aportar los individuos productivos para poder financiar el papel del gobierno como «empleador de última instancia» empobrecen aún más al individuo productor. Estos recursos perdidos, que de otra manera se hubieran visto canalizados en lo particular a través del mercado para satisfacer un consumo mayor, o hubieran constituido un productivo ahorro, en vez de esto se ven transferidos para satisfacer las demandas de los nuevos beneficiarios del gobierno.

Si bien es cierto que el traslado de estos recursos a través de los canales políticos crea puestos públicos, lo que no crea es un mejoramiento en el bienestar económico de la ciudadanía. En realidad, los efectos que crea son totalmente opuestos.

El peso de la carga gubernamental siempre creciente sobre los hombros del sector privado desalienta cualquier futuro esfuerzo productivo. El despojo, por parte del gobierno, de los recursos privados, evita que dichos recursos puedan ser empleados en el mercado para crear nuevos empleos como corresponde. El empobrecimiento aún mayor del sector productivo retracta todavía más la habilidad del mercado para aumentar el número de empleos productivos. La productividad futura y el bienestar sufren por la pérdida de los recursos que el gobierno redistribuye entre su nuevo cuerpo de empleados.

Si el nuevo cuerpo de empleados del gobierno pudiera generar una mayor productividad que los que consume en recursos, no habría razón alguna para su creación. El mercado hubiera creado dichos empleos con anticipación, ya que hubiera sido en el interés de todos el haberlo hecho así. El uso del gobierno como «empleador de última instancia» es una admisión pública de que la productividad de los empleos creados es menor que los recursos que se consumen con dicho fin.

Cuando la finalidad del gobierno es la de convertirse en el «empleador de última instancia», cuando la satisfacción del consumo no es el único fin de la producción, cuando la plaza creada se convierte en su propio fin en vez de ser un medio para alcanzar otros fines, entonces, sin lugar a dudas, la prosperidad de la sociedad se verá seriamente afectada. Lo que obtendremos no será una abundancia mayor como la que se obtiene a través de la creación de empleos verdaderamente productivos sino que, más bien, habremos sido las víctimas de un verdadero timo.

**Tomado de The Freeman, Julio de 1976**